

Elección racional y voto estratégico: algunas aplicaciones para el caso mexicano

Beatriz Magaloni Kerpel

La decisión de votar es el acto político ciudadano más importante en las sociedades democráticas. Para los estudiosos de los sistemas políticos democráticos es, por ende, el comportamiento más importante por explicar. En México aún se sabe poco respecto a las razones por las que los ciudadanos votan —las razones por las que se decide la abstención o la participación y las que llevan a votar por un candidato en especial—. Esto se debe, en primer lugar, a que durante un largo tiempo no hemos contado con suficientes encuestas que permitan evaluar la lógica del voto. El uso de datos electorales agregados, aun los distritales, conlleva el riesgo de una falacia: atribuir a los individuos el comportamiento de la sociedad y soslayar en el análisis la multitud de actos individuales que llevan a un resultado social. En segundo lugar, la práctica frecuente del fraude electoral ha dificultado el estudio del comportamiento electoral, ya que en teoría sería imposible obtener conclusiones sólidas de los datos oficiales.¹

Investigadora del Centro de Investigación para el Desarrollo, A. C. (CIDAC). La autora agradece los comentarios de dos dictaminadores anónimos y del editor.

¹ Los investigadores más creativos han encontrado formas de utilizar los datos oficiales para el estudio académico del comportamiento electoral. Así, por ejemplo, Juan Molinar Horcasitas argumenta que de los datos electorales disponibles, hay algunos más confiables para evaluar las preferencias de los votantes: en primer lugar, la estadística sobre votos de la oposición ha sido relativamente más confiable que la estadística sobre votos del PRI, ya que en la práctica del fraude es más difícil restar votos a la oposición que aumentar votos al PRI; en segundo lugar, Molinar argumenta que las estadísticas sobre comicios en los centros urbanos han sido más confiables que los datos sobre comicios en las zonas rurales, porque en éstas la oposición cuenta con menores recursos para defender el voto. Juan Molinar Horcasitas, *El tiempo de la legitimidad*, México, Cal y Arena, 1991, pp. 7-10.

La mayoría de los estudios disponibles ha utilizado, en consecuencia, datos agregados —unos menos cuestionables que otros— para el estudio electoral mexicano. Dichos estudios han logrado encontrar importantes correlaciones empíricas y tendencias históricas, en especial relacionadas con el debilitamiento sistemático del PRI en las ciudades. No obstante, tales estudios, que están esencialmente basados en teorías de corte sociológico, no logran predecir los cambios en el comportamiento electoral determinados por variables *políticas* de “corto plazo”: campañas políticas, candidatos, situación económica y política prevalente y desempeño de los partidos políticos en el poder. Dichas variables resultarán cada vez más significativas en el comportamiento electoral en México. Sólo si se comprende la manera como los electores consideran estas variables políticas en su decisión de votar, se podrán entender los cambios y tendencias de comportamiento electoral en un contexto de elecciones cada vez más competitivas.

Así, este ensayo tiene por objeto explorar la mecánica electoral mexicana desde el punto de vista de la teoría de elección racional. Primero expongo en forma esquemática las teorías sociológicas y psicológicas de votación, señalando sus limitaciones teóricas y empíricas; luego, desarrollo con más detenimiento la teoría de elección racional o del cálculo del voto en sus dos aspectos principales: *a)* qué determina la decisión de participar o abstenerse, y *b)* qué factores influyen en la decisión de votar por el candidato favorito (o incluso por un candidato distinto). Aquí se exponen los efectos de la mayor competitividad electoral y la sospecha de fraude por parte del electorado mexicano en relación con el abstencionismo y la participación en las elecciones. Asimismo, exploro la manera como los electores evalúan a los candidatos para tomar su decisión, utilizando distintas clases de información prospectiva y retrospectiva, y los efectos de la falta de información de desempeño político de los partidos de oposición en el voto por el candidato presidencial. En tercer lugar, discuto la naturaleza del voto estratégico —que el elector decida votar por su segunda opción— y sus implicaciones para las elecciones presidenciales de 1994. También ubico el voto estratégico en un contexto teórico amplio, el de elección social y las paradojas de votación. Finalmente, presento una serie de hipótesis para el estudio electoral en México, incorporando la mecánica del modelo del cálculo del voto.

Teoría sociológica

Las teorías de corte sociológico² argumentan que existe una correlación entre los "determinantes sociales" (por ejemplo, clase social, región, raza, religión) y el voto,³ y que dicha correlación permanece relativamente constante a lo largo del tiempo, ya que los partidos tienden a estabilizar al electorado a través de la incorporación de distintos sectores dentro de su organización y la inculcación de identidades políticas.⁴ Así, esta teoría predice, por ejemplo, que en los países desarrollados los trabajadores de la industria manufacturera tenderán a votar principalmente por partidos de izquierda y los empresarios por partidos de derecha.

La teoría de modernización utiliza un argumento teórico similar, relacionando determinantes sociales con conducta política para explicar el comportamiento electoral en los países en desarrollo. Esta teoría entiende el comportamiento electoral como producto de los cambios en identidades culturales provocados por los procesos de urbanización e industrialización acelerados. Así, la teoría de modernización argumenta que en los países en desarrollo la población urbana tenderá a ser políticamente más activa, siendo en consecuencia el motor de la democratización política, a causa de su mayor exposición a los medios masivos de comunicación, sus mayores ingresos y sus niveles más altos de escolaridad, factores que transforman los "compromisos normativos" de la población urbana con las estructuras de la sociedad "tradicional".⁵

Las principales limitaciones de estas teorías son dos. Primero, no son capaces de predecir cambios en el comportamiento electoral cuando los determinantes sociales permanecen constantes y, en consecuencia, no logran explicar la mayor volatilidad electoral que prevalece en casi todas las democracias contemporáneas. Segundo, se ha observado que en los sistemas democráticos existe cada vez menos correlación empírica entre determinantes sociales y voto.

² Uso el término sociológico en el sentido de Brian Barry, *Sociologists, Economists, and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.

³ Lipset, por ejemplo, afirma que la competencia electoral entre partidos es la traducción democrática de la lucha de clases y que por lo tanto, y como ejemplo, en los países desarrollados los grupos de menores ingresos votan principalmente por la izquierda. Martin S. Lipset, *Political Man*, Garden City, Doubleday, 1963, p. 223.

⁴ En términos de Lipset y Rokkan esto implica el "congelamiento de los sistemas de partido" causado por la estabilización de los alineamientos políticos. Martin S. Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, The Free Press, 1967.

⁵ Un texto representativo es: Samuel Huntington, *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

La volatilidad electoral la ocasionan, principalmente, dos factores: la transformación organizacional de los partidos y el surgimiento de nuevas líneas de conflicto sociales (*cleavages*) susceptibles de ser traducidos a la competencia partidista, tales como el regionalismo y la dimensión religiosa. La transformación organizacional de los partidos políticos es producto de la lógica electoral: al buscar capturar un mayor número de votos, los partidos han tendido a destacar menos la ideología y sus propuestas de clase, a fin de captar un sector más amplio del electorado con base en propuestas de política pública relevantes en el momento de las elecciones. Esta tendencia no sólo es observable en Estados Unidos, donde los partidos políticos tradicionalmente han sido mucho más pragmáticos en sus estrategias, sino también en Europa.⁶ El pragmatismo y la mayor flexibilidad ideológica resultan funcionales como estrategias políticas gracias a los impresionantes cambios tecnológicos que han permitido a los candidatos apelar directamente al electorado, sin depender tanto, en consecuencia, de sus sectores de apoyo tradicionales o incluso de la misma organización partidista. Estos cambios organizacionales y tecnológicos (*v.gr.*, el uso intensivo de la televisión en las campañas) llevan a que las personalidades de los candidatos pesen fuertemente en las elecciones, ocasionando una mayor volatilidad en el electorado. El mayor peso relativo de los candidatos en relación con los partidos también se observa en México. Así, en algunas encuestas, 56.4% declara que al votar se fijaría primero en el candidato que en el partido, 23.3% en el partido, y 17.8% en los dos.⁷

Respecto a la segunda limitación de estas teorías, existe en efecto una correlación empírica débil entre los determinantes sociales y el voto. En Europa un gran número de trabajadores vota por partidos de derecha. En Gran Bretaña, por ejemplo, tradicionalmente una tercera parte de los trabajadores vota por el Partido Conservador. En Estados Unidos los determinantes sociales "religión, raza y región", que hasta 1960 constituían importantes factores explicativos del voto, han dejado de explicar la varianza en el comportamiento electoral. Así, por ejemplo, el ser católico, sureño blanco, o agricultor de Iowa, dejaron de ser los

⁶ Otto Kirschheimer, "The Transformation of the Western European Party Systems", en Joseph La Palombara y Myron Weiner, *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1966. Para una explicación del mismo fenómeno pero con una teoría de elección racional véase Adam Przeworski y John Sprague, *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

⁷ *Reforma*, año 1, núm. 195, 15 de junio de 1994. El que los electores se fijen más en el candidato que en el partido quizá es el producto natural del sistema presidencial de gobierno.

principales factores determinantes del voto demócrata,⁸ y se sustituyeron por la "identificación partidista", el desempeño de los candidatos, las estrategias de campaña y los temas de política pública (*issue-voting*).

Sin embargo, en México los determinantes sociales aún siguen siendo importantes factores explicativos: la población urbana tiende a votar más por los partidos de oposición y los campesinos por el PRI. De esta manera, la mayoría de los estudios disponibles han encontrado, tal como lo predice la teoría de modernización, una correlación sistemática negativa entre las variables indicativas de la "modernidad" (urbanización, escolaridad, alfabetización) y el voto por el PRI.⁹ Esto aclara acertadamente la evolución de las tendencias electorales de las últimas décadas; no obstante, no explica los cambios en el comportamiento electoral provocados por factores coyunturales. Así, por ejemplo, una teoría basada en determinantes sociales no lograría explicar las razones por las que 46.9% de los electores del Distrito Federal votó, en 1988, por Cuauhtémoc Cárdenas para presidente de la República, mientras que sólo 12% votó por los candidatos de su partido, el PRD, en las elecciones para el Congreso de 1991. Este cambio en el comportamiento electoral ocurrió no obstante que los determinantes sociales se mantuvieron constantes entre una elección y otra. La teoría de la modernización logra explicar el grueso de la varianza estadística, pero no así los cambios ocasionados por variables de corto plazo y los cambios marginales, que en las elecciones competitivas son los que determinan el resultado. Conforme las elecciones en México se vuelvan más competitivas, comenzaremos a observar con mayor frecuencia este tipo de escenarios, de ahí que resulte importante utilizar teorías de votación alternativas.

Teoría psicológica

La teoría psicológica argumenta que el voto se explica por actitudes políticas inculcadas desde la niñez, que hacen que un individuo se "identifique" con un partido en lugar de otro. Si, por ejemplo, se nace

⁸ Paul Abramson, John Aldrich y David Rohde, *Change and Continuity in the 1988 Elections*, Washington, Congressional Quarterly Press, 1989.

⁹ Barry Ames, "Bases de apoyo del partido dominante en México", *Foro Internacional*, 41, julio-septiembre de 1970, pp. 50-75. Fernando Torres Parraud, *La teoría de modernización y el sistema político mexicano: un estudio de caso (1961-1988)*, tesis de licenciatura, México, ITAM, 1989. Y el libro de Juan Molinar Horcasitas, *op. cit.*, en especial el capítulo IV.

en una familia de "panistas", esta teoría predeciría que el individuo tenderá a votar por el PAN sin importar el candidato específico o las propuestas de campaña.

La noción de identificación partidista jugó un papel dominante en la investigación del comportamiento electoral hasta la década pasada, en Estados Unidos principalmente.¹⁰ Campbell, Converse, Miller y Stokes, en su estudio clásico, definieron dicho concepto como "la orientación afectiva de un individuo hacia un importante grupo-objeto de su ambiente".¹¹ Para estos autores la identificación partidista es fundamentalmente un fenómeno psicológico-afectivo que se desarrolla desde la niñez y que presenta gran estabilidad a lo largo de la vida del individuo. Dichos autores argumentan que la influencia de la identificación partidista en las preferencias sobre elementos relevantes de la política es mayor que la influencia de estos últimos sobre la identificación partidista. En otras palabras, los individuos se aproximan a la política con el "lente" de la identificación partidista, por lo que evalúan a los partidos y a las campañas políticas sesgados por sus propias preferencias afectivas.

Esta visión de identificación partidista ha sufrido importantes críticas en fechas recientes. Se ha observado en las encuestas que la identificación partidista no es estable, sino que experimenta considerables fluctuaciones a lo largo del tiempo, las cuales responden a las actitudes de los electores en relación con variables de corto plazo: campañas políticas, candidatos, situación política y económica prevalecientes, temas relevantes de políticas públicas, etc.¹² Aunado a estos problemas teóricos, esta teoría psicológica enfrenta dos problemas empíricos: primero, su incapacidad para explicar la decisión de los "votantes independientes", los que no se identifican con partido alguno. En la actualidad los votantes independientes constituyen un grupo muy importante del electorado en casi todos los sistemas democráticos.¹³ Segundo, esta teoría no resulta de mucha utilidad para explicar

¹⁰ El concepto también ha sido utilizado para países europeos; por ejemplo, Jacques Thomassen, "Party Identification as a Cross-National Concept: Its Meaning in the Netherlands", en Richard G. Niemi y Herbert Weisberg (comps.), *Classics in Voting Behavior*, Washington, Congressional Quarterly, 1993.

¹¹ Angus Campbell, Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes, *The American Voter*, Nueva York, Wiley, 1960, p. 121.

¹² Richard Brody, "Stability and Change in Party Identification: Presidential to Off-Years", trabajo presentado en la reunión anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, Washington, 1977.

¹³ Véase Peter Mair (comp.), *The West European Party System*, Oxford, Oxford University Press, 1990. Para evidencia del aumento de votantes independientes en Estados Unidos se puede

el comportamiento electoral en las democracias jóvenes. Al salir de un periodo de autoritarismo, las identificaciones partidistas en general no existen y las preferencias se forman en torno a nuevas organizaciones políticas.¹⁴ De ahí la importancia de desarrollar teorías alternativas que proporcionen una explicación *política* de la decisión de votar.

Teoría de elección racional

La teoría de elección racional afirma que los electores deciden abstenerse o votar, y votar por un candidato en especial, como producto de una decisión racional. A diferencia de las teorías anteriores, ésta da un peso muy importante a los efectos en el voto de los *cambios políticos de corto plazo* propiciados, por un lado, por fluctuaciones en la economía o crisis políticas y, por el otro, por los elementos específicos de la elección (candidatos y propuestas). De ahí que esta teoría logre explicar con mayor éxito que las anteriores la volatilidad electoral.

Según esta teoría el elector decide, conforme a un cálculo de utilidad esperada realizado en dos momentos: *a)* votar o abstenerse en función de los beneficios y costos esperados del voto (costos medidos sobre todo en términos de tiempo), y *b)* votar por el candidato que se encuentra más cercano a sus posiciones políticas ideales y del que espera el mejor desempeño.

Abstención o participación

La teoría de elección racional propone explicar ambos "momentos" del comportamiento electoral —votar o no votar y votar por un candidato en especial— con base en un mismo modelo, el de utilidad esperada. Este modelo, llamado "cálculo del voto", fue inicialmente desarrollado

consultar Paul Abramson *et al.*, *op. cit.*; y Gary Jacobson, *The Politics of Congressional Elections*, Boston, Little Brown, 1983. Es de esperar que exista un mayor número de votantes "independientes" a mayor número de votantes "indecisos", aunque por supuesto puede haber indecisos que sí tengan identificación partidista. En México un alto número de electores se declararon indecisos. Aun después del debate presidencial del 12 de mayo de 1994, 19% de los encuestados se declaraban indecisos: *Reforma*, año 1, núm. 195, 15 de junio de 1994.

¹⁴ En algunas transiciones a la democracia, como en la española por ejemplo, se observó sin embargo una impresionante continuidad en la geografía de los apoyos electorales de la izquierda y de la derecha.

por Anthony Downs y luego refinado y evaluado empíricamente por William Riker y Peter Ordeshook.¹⁵ El modelo asume que los ciudadanos estiman la probabilidad de los distintos "estados de la naturaleza"¹⁶ y utilizan estas probabilidades para inferir la utilidad esperada asociada con llevar a cabo distintas acciones.¹⁷ En términos formales, el modelo para determinar la utilidad esperada de votar es:

$$R = PB + D - C$$

donde R significa el beneficio esperado de votar, B la diferencia de desempeño esperado de los distintos partidos ($X - Y$, siendo X el favorito), D el valor de votar como producto de un "sentido cívico", C el costo de votar y P la probabilidad de que ese voto decida la elección (que rompa u ocasione un empate en favor del candidato favorito). Cuando R es positivo, el ciudadano votará, o bien, planteado en términos de los costos, el modelo predice que se debe votar si $C > PB/2$.¹⁸

La evaluación empírica realizada por Riker y Ordeshook los llevó a concluir que todas las variables incluidas en el modelo afectan los niveles de votación. Así, la teoría predice que si los partidos bajan el costo de votar, aunque sea marginalmente (volviendo el empadronamiento más sencillo, haciendo más accesibles las casillas, proporcionando información sobre el proceso electoral, otorgando "incentivos selectivos" legales o ilegales, etc.), el abstencionismo tenderá a disminuir. El abstencionismo también disminuirá si los beneficios del voto aumentan. Éstos se miden en términos de la utilidad relativa que el elector derivaría si su partido favorito ganara, corregido por un factor que mide qué tan cerrada es la elección.¹⁹ Así, el beneficio del voto

¹⁵ Anthony Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957. William Riker y Peter Ordeshook, "A Theory of the Calculus of Voting", *American Political Science Review*, vol. LXII, núm. 1, marzo de 1968, p. 38.

¹⁶ En juegos electorales en los que compiten dos candidatos, X y Y , existen los siguientes "estados de la naturaleza" antes de contar el voto del actor en consideración: 1) el candidato preferido, X , gana por más de un voto; 2) X gana por exactamente un voto; 3) X y Y empatan; 4) Y gana por exactamente un voto, y 5) Y gana por más de un voto.

¹⁷ En juegos electorales existen las siguientes acciones disponibles: 1) abstenerse; 2) votar por el candidato favorito, y 3) votar por un candidato diferente del favorito.

¹⁸ En un sistema de tres partidos la fórmula sería $R = P[X - qY - (1 - q)Z] + D - C$, donde el término B se sustituye por la expresión entre paréntesis. X es la utilidad derivada de que el partido favorito gane, el resto del término es la utilidad esperada Von Neumann-Morgenstern de que gane alguno de los otros dos.

¹⁹ La utilidad se mide en términos relativos ya que lo que importa no es la utilidad de un programa de gobierno preferido, sino lo que éste aporta al individuo adicionalmente en relación con los competidores. Por ejemplo, si los partidos ofrecen prácticamente lo mismo, la utilidad

aumenta, por un lado, si la diferencia percibida entre los partidos contendientes es mayor y, por el otro, si las elecciones son más competitivas, ya que ello aumenta la probabilidad de que unos pocos votos decidan el resultado. El abstencionismo tenderá a aumentar si, por el contrario, los costos del voto aumentan, o bien, si los beneficios disminuyen. Por ejemplo, si el electorado percibe que su voto no hará ninguna diferencia —ya sea porque siempre gana un mismo partido o porque la diferencia, en términos de desempeño esperado entre los partidos contendientes, es insignificante—, el abstencionismo tenderá a aumentar si los costos permanecen constantes.²⁰

El modelo del cálculo del voto enfrenta dos problemas que han sido extensamente discutidos. El primero deriva del hecho de que en las evaluaciones empíricas el término D es el que muestra un gran valor predictivo; para algunos autores esto implica que votar, en última instancia, se explica por razones altruistas o por un "sentido cívico" y, en consecuencia, los niveles de votación no pueden ser explicados cabalmente por modelos de elección racional.²¹ El segundo problema es que en electorados masivos no existen bases racionales para calcular que un voto decidirá la elección. Entonces, si el término P es casi cero, no será posible que $PB/2 > C$ para justificar racionalmente el acto de votar, con lo que la participación en las elecciones queda planteada como un problema de "acción colectiva" en el que no votar constituye una "estrategia dominante".²² Algunos autores argumentan que la conclu-

relativa será muy baja, pues aun si pierde el candidato preferido se obtendrá un programa de gobierno aceptable. En cambio, si las ofertas políticas están muy polarizadas, la utilidad relativa es enorme, ya que si pierde el candidato favorito se sufrirá un programa de gobierno muy distinto al deseado —aun cuando éste aporte ciertos beneficios.

²⁰ Véase John Aldrich, "Turnout and Rational Choice", *Duke University Program in Political Economy*, Working Paper núm. 100, North Carolina, 1990, donde se resumen los trabajos relevantes en relación con el abstencionismo desde la perspectiva de elección racional.

²¹ En otras palabras, si la decisión de votar depende fundamentalmente del término D , el cual refleja la utilidad "expresiva" del voto —la utilidad derivada del hecho de votar por sí mismo, ya sea para sostener la viabilidad de la democracia o para manifestar un deber cívico—, entonces participar en las elecciones es una expresión de los valores políticos del individuo. Para algunos autores, el modelo del cálculo del voto convierte a la decisión de participar en las elecciones en una "cuestión de gustos". No obstante, como los modelos de elección racional no explican cómo se originan los gustos o preferencias, según estos autores el modelo del cálculo del voto no tendría nada que decir en relación con los niveles de participación electoral en las democracias. Véase Brian Barry, *op. cit.*

²² El votar se plantea como un problema de acción colectiva de provisión de un "bien escalonado" en el que se vota sólo si el individuo calcula que la probabilidad de que su voto decida la elección en favor de su candidato favorito es igual a la unidad. En cualquier otro estado de la naturaleza, no votar es una estrategia dominante puesto que se enfrentaría el costo de votar, sin con ello ser decisivo para determinar el resultado de las elecciones en favor o en contra del

sión inevitable del modelo del cálculo del voto es que nadie debería votar (nadie que tenga algún sentido realista del valor de P), al menos en elecciones masivas.

¿Qué tan válidas son estas críticas? Existe evidencia empírica importante en el sentido de que las variables del modelo del cálculo del voto logran explicar la "estática comparativa" de los niveles de votación (qué aumenta o qué disminuye la probabilidad de votar). Por ejemplo, es innegable que los niveles de participación aumentan en las elecciones más cerradas; no obstante, aun cuando los márgenes de victoria resultaran ser muy pequeños, la probabilidad de que un voto decida la elección es obviamente infinitesimal. Para algunos autores se necesitaría una teoría totalmente distinta para explicar estas correlaciones.

Existen, sin embargo, aproximaciones que interpretan el modelo del cálculo del voto en una forma más amplia y, con ello, logran enriquecer nuestra comprensión del abstencionismo en particular y del comportamiento electoral en general. Para John Aldrich la decisión de participar en los comicios puede, efectivamente, ser entendida como producto de una elección racional, y no simplemente como una "cuestión de gustos", elección que no está aislada de las estrategias de campaña y del historial de desempeño político del gobierno y de los partidos.²³ Dicho autor toma como punto de partida tres factores, hasta ahora ignorados por la literatura, para dar un mayor valor explicativo al modelo del cálculo del voto:

1) El votar o abstenerse de hacerlo es una decisión baja en costos y en beneficios, por lo que la opción de participar o no en las elecciones se hace casi siempre "en el margen". Ello implica, en primer lugar, que cambios pequeños en los costos o beneficios pueden ocasionar cambios significativos en los niveles de abstencionismo y, en segundo lugar, que es de esperarse que los ciudadanos cometan "errores" en sus decisiones, puesto que no vale la pena invertir mucho esfuerzo en calcular si R es positivo o negativo. Según Aldrich la decisión de participar en las elecciones no es un ejemplo muy representativo de los problemas de acción

candidato favorito. La formulación clásica de los problemas de acción colectiva puede encontrarse en Mancur Olson, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Press, 1965. También véase Russell Hardin, *Collective Action*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982.

²³ John Aldrich, *op. cit.*

colectiva. Estos últimos implican que la gente que comparte intereses comunes (*v.gr.*, la provisión de un bien público) puede enfrentar grandes dificultades para lograr y mantener la posibilidad de actuar conjuntamente con el fin de realizar dichos intereses, precisamente porque existe poca efectividad de la acción de cada individuo (existe un término P muy pequeño). A la luz de esto, la decisión de votar difiere de los típicos problemas de acción colectiva en un aspecto fundamental: éstos son tales precisamente porque, a diferencia de la decisión de participar en elecciones, involucran altos costos y altos beneficios potenciales.

2) La decisión de participar en las elecciones no se realiza aisladamente o en un "vacío político", sino tomando en consideración la información proporcionada en las campañas por políticos estratégicos. Según Aldrich, el papel decisivo de los políticos estratégicos en el cálculo del voto explica por qué los datos agregados muestran consistentemente un nivel más alto de participación en elecciones cerradas, a pesar de que los votantes, según lo informan las encuestas, ignoren el término P en su decisión de votar o no. Los ciudadanos pueden o no considerar importante lo cerrado de las elecciones, pero los políticos sí lo consideran en sus decisiones estratégicas. Si las elecciones son cerradas, los políticos invertirán un mayor esfuerzo y más recursos en las campañas, con lo que los ciudadanos recibirán más información sobre la contienda política. Los costos de votar tenderán a disminuir en consecuencia, quizá mediante esfuerzos más intensos de empadronamiento o campañas para promover el voto, y también disminuirán los costos de decisión, ya que los ciudadanos estarán expuestos a más información para decidir su voto. Existe evidencia empírica para sustentar estos argumentos. Gary Cox y Michael Munger, por ejemplo, estimaron un modelo utilizando datos de las elecciones de 1982 en Estados Unidos.²⁴ Ellos encontraron que tanto la cantidad de dinero gastado en las campañas como lo cerrado de las elecciones estimularon niveles de participación más altos, en tanto controlaban otras variables. El gasto de un dólar adicional per cápita aumentó 3.1% los niveles de participación, mientras que las elecciones cerradas aumentaron la participación en 0.15% por cada mil votos.

3) El término D tiene un contenido que refleja consideraciones políticas de largo plazo. Este término ha sido tradicionalmente interpretado ya sea como el valor asignado al "sostenimiento de la demo-

²⁴ Gary Cox y Michael Munger, "Closeness, Expenditures, and Turnout in the 1988 U.S. Elections", *American Political Science Review*, vol. 83, núm. 1, marzo de 1989, pp. 217-231.

cracia” o como un sentido de deber cívico no relacionado con la política en general o con las campañas en particular. Aldrich le da una reinterpretación política, argumentando que el término refleja un sentido de “eficacia externa”: qué tanto siente el ciudadano que el gobierno es capaz de responder a sus demandas y resolver problemas nacionales importantes. El sentido de eficacia externa es producto de la historia política; refleja la manera como las instituciones y los gobernantes se han desempeñado en el pasado a juicio del electorado. Esta reinterpretación es consistente con modelos de elección racional. Si el sentido de eficacia externa es bajo, el valor del voto disminuye pues no se derivan beneficios de elegir a algún candidato en especial. Para Aldrich esta variable de largo plazo explica la caída sistemática, a partir de 1960, de los niveles de votación en Estados Unidos; los ciudadanos perciben que no representa ninguna diferencia perceptible qué candidato en especial es elegido y con qué programa, ya que el sistema político es “muy complejo” para esperar racionalmente que un candidato en particular logre alterar la situación.²⁵ De esta manera, el término *D* deja de ser una variable que refleja el valor intrínseco del voto (su valor de “consumo”), para convertirse en una variable que refleja una decisión de “inversión” a largo plazo.

Así, puesto que la decisión de votar es baja en costos y en beneficios, los políticos estratégicos pueden influir fuertemente en los niveles de participación según les resulte más conveniente. Ello explica, por ejemplo, por qué las estrategias tradicionales del PRI de ofrecer tamales o utilizar transporte pagado por el gobierno han sido determinantes en bajar el nivel de abstencionismo, sobre todo en el campo. Muchos electores han participado en las elecciones en épocas de bajísima competitividad electoral, pero no por cálculos de los términos *P* o *B* —ya que siempre ganaba un mismo partido—, sino como producto de los “incentivos selectivos” que el gobierno otorgaba, incentivos que debieron ser mayores a los costos de votar. En la medida en que las elecciones se han vuelto más competitivas, los cálculos de los términos *P* y *B* resultan ahora más relevantes en la decisión del voto, en especial si los políticos lo hacen evidente en sus campañas, y es de esperarse, por ende, una mayor participación precisamente en las elecciones más cerradas.

²⁵ Según Aldrich, el nivel tan bajo de sentido de eficacia externa deriva en especial de la larga experiencia con el “gobierno dividido” en Estados Unidos, lo cual ha hecho que ningún partido logre alterar en forma significativa el destino de la nación. John Aldrich, *op. cit.*

Por último, habría que modelar el término *D* como una estrategia de inversión a largo plazo, tal como la propone Aldrich. Esto lograría explicar la paradoja que plantean las elecciones en México hoy en día; a saber, el hecho de que se vota a pesar de que para muchos electores existe la certeza de que habrá fraude. Por ejemplo, en las encuestas, 50% del electorado sospecha que las elecciones de 1994 serán sucias; no obstante, 87% de los electores dicen que irán a las urnas.²⁶ Esta sospecha debería desincentivar el voto ya que supone que el elector es incapaz de afectar el resultado, en este caso no sólo por el bajísimo valor del término *P*, sino porque el fraude implica que precisamente el voto no cuenta. Pero si consideramos que los electores tienen un horizonte de planeación de más largo plazo, es posible que decidan votar, a pesar de la sospecha de fraude, con el fin de "invertir" en los resultados, aunque no de la elección de hoy, sí de las elecciones de mañana. Esto, aunado al hecho de que los costos de votar han sido reducidos significativamente y a que los encuestados en distintas ciudades afirman que las elecciones serán "muy reñidas",²⁷ con seguridad aumentará el nivel de participación en las elecciones de 1994.

La dirección del voto

En cuanto a la dirección del voto, la teoría de elección racional predice que el elector le otorgará su voto al candidato del que espera el mejor desempeño en relación con los aspectos que considere más relevantes para su vida (empleo, control de la inflación, seguridad pública, salud, estabilidad, según sea el caso). Los factores clave para predecir la dirección del voto son entonces: primero, las posiciones ideales de política de los electores,²⁸ dentro de las cuales los aspectos económicos son

²⁶ *Reforma*, año 1, núm. 195, 15 de junio de 1994.

²⁷ Por ejemplo, en Ciudad Juárez, 75.4% dice que las elecciones serán muy reñidas; en la ciudad de México, 82.9%; en Guadalajara, 80.5%; en Morelia, 86.5%; en Tuxtla Gutiérrez, 81.6%. *Reforma*, año 1, núm. 196, 16 de junio de 1994.

²⁸ Como quedó apuntado anteriormente, una limitación de esta teoría es que no proporciona un argumento teórico sobre el origen de las preferencias o posiciones ideales de política. Es posible que dichas preferencias provengan de la posición económica del elector (por ejemplo, que los empresarios prefieran una inflación baja, mientras que los trabajadores, menos desempleo y mejores salarios). No obstante, también podría ocurrir que las preferencias sean producto del juego político y que, en consecuencia, los partidos sean agentes clave para la formación de identidades políticas. Véase Adam Przeworski, *Democracy and the Market*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 17, para una crítica a la noción de que las preferencias son exógenas al juego político.

determinantes aunque no los únicos, y segundo, la manera como éstos obtienen la información respecto a las posturas y desempeño esperado de los candidatos. A mayor información, mayor posibilidad de realizar un voto racional.

Dos tipos de información son importantes para decidir la dirección del voto: lo que los candidatos dicen que van a hacer y lo que éstos han hecho en el pasado; lo segundo sirve para evaluar la *credibilidad* de lo primero. No obstante, la decisión de votar se toma por lo general en un ambiente de "información imperfecta", dado que pocos electores invertirán mucho tiempo en seguir con detenimiento las campañas, analizar las propuestas programáticas y estimar los beneficios derivados de las distintas alternativas.²⁹

Los votantes usan variados procesos cognitivos para ahorrar costos de información. En primer lugar, realizan evaluaciones *prospectivas* utilizando la información "incidental" —la que obtienen a través de los medios de comunicación o de observar directamente a los candidatos en campaña— para determinar las posiciones de los candidatos y calcular la utilidad esperada de los beneficios futuros derivados de las promesas de campaña. Pero en la medida en que éstas son solamente promesas inciertas, los electores necesitan contrastar dicha información con hechos reales, esto es, el desempeño pasado de los partidos. Así, en segundo lugar, los votantes realizan evaluaciones *retrospectivas* sobre el desempeño del gobierno y la actuación pasada de los contendientes.³⁰

Para evaluar retrospectivamente el desempeño se califica la situación prevaleciente durante el gobierno en turno (con frecuencia, pero no exclusivamente, la situación económica); se constata el crédito o la culpa que al respecto tiene el candidato o partido en el gobierno, y la manera como se estima que hipotéticamente los contendientes habrían actuado en caso de haber estado en el poder.³¹ Dicha evaluación

²⁹ En otras palabras, puesto que el voto es una decisión baja en beneficios (entre otras razones por la bajísima probabilidad de que un voto determine el resultado de las elecciones), existen incentivos para mantenerse poco informado o inclusive para permanecer "racionalmente ignorante". Véase Norman Frohlich y Joe Oppenheimer, *Modern Political Economy*, New Jersey, Prentice-Hall, 1978.

³⁰ Morris Fiorina, *Retrospective Voting in American National Elections*, New Haven, Yale University Press, 1981.

³¹ En sistemas multipartidistas de tipo parlamentario en ocasiones no es posible evaluar el crédito o la culpa del partido en el poder, ya que los gobiernos se construyen por coaliciones. Cuando éstas son producto de la alianza estratégica de muchos partidos, resulta más difícil evaluarlos retrospectivamente, por lo que el peso relativo de las evaluaciones prospectivas en la dirección del voto aumenta, lo que implica que en este tipo de sistemas el voto tiende en efecto

hipotética se realiza con base en la memoria específica del desempeño de los contendientes cuando estuvieron en el poder.³²

Así, si alguno de los partidos contendientes nunca ha gobernado o gobernó hace muchos años, éste se encontrará en desventaja relativa en el sentido de que el elector no contará con información retrospectiva confiable para evaluar su desempeño esperado. Esto explica la magnitud del reto que los partidos de oposición enfrentan en México en las elecciones presidenciales. El hecho de que los partidos de oposición no cuenten con un historial de desempeño en la presidencia implica una gran incertidumbre para el electorado, derivada de la falta de información retrospectiva. Al decidir la dirección de su voto por algún candidato presidencial, el elector sólo cuenta con información prospectiva (promesas de campaña) en relación con los partidos de oposición, pero no tiene manera de evaluar la credibilidad de dichas promesas y así estimar con mayor certidumbre la actuación esperada de los partidos de oposición en caso de llegar a la presidencia. No es de extrañar, entonces, que dados los costos de información en algunas encuestas, un mayor número de ciudadanos, 37%, consideró que el candidato del PRI cumpliría sus promesas, en contra de 26.4% respecto al candidato del PAN y 6.1% en relación al del PRD. Esto no obstante que en la misma encuesta la mayoría, 33.8%, reportó que el candidato del PAN era el más sincero, en contra de 31.8% que pensó que lo era el candidato del PRI.³³

La teoría de elección racional ha sido desarrollada para explicar el comportamiento electoral en sistemas donde efectivamente ha existido alternancia en el poder, por lo que la retrospectividad en estricto rigor sólo se aplica a los *incumbents* y a los partidos que de hecho han gobernado en el pasado. En el caso de México no ha existido alternancia en el poder en la presidencia, pero sí en algunas gubernaturas; presidencias municipales y en legislaturas estatales. En sus estrategias de mercado electoral el PAN ha intentado poner énfasis en su desempeño en los gobiernos estatales. Quizá en estricto rigor sólo los electores de Baja California, Chihuahua y Guanajuato podrán evaluar al PAN en el gobierno para votar en favor o en contra de dicho partido en elecciones federales. Pero el PAN, precisamente porque sabe lo importante de las evaluaciones retrospectivas en el cálculo del voto, ha intentado apelar

a ser más ideológico. James Alt y Alec Chrystal, *Political Economics*, California, University of California Press, 1983, p. 157.

³² Morris Fiorina, *op. cit.*

³³ *Reforma*, año 1, núm. 195, 15 de junio de 1994.

con sus argumentos de campaña a todos los electores de la República para que utilicen como "proxis" su desempeño estatal con el fin de estimar la actuación esperada del PAN en la presidencia. Usando la misma lógica, el PAN ha incentivado a los electores a evaluar retrospectivamente al PRI y al PRD, tal como se vio con claridad en la estrategia de debate de Diego Fernández de Cevallos, el 12 de mayo de 1994. Desde el punto de vista del cálculo del voto, esta estrategia intenta subrayar aspectos que en sentido retrospectivo el PAN cree que le benefician y que en cambio considera perjudican a sus contrincantes. En particular, el PAN piensa que su desempeño en los gobiernos estatales reduce el riesgo que el electorado percibe en cuanto a la posibilidad de alternancia en el poder presidencial. Aun así, es de esperar que para muchos electores la información retrospectiva de la actuación estatal del PAN no sea suficiente para estimar el desempeño esperado de este partido en la presidencia y evaluar la credibilidad de sus ofertas políticas. Esto se debe principalmente a que los problemas estatales no coinciden necesariamente con los nacionales. Es posible que, en consecuencia, el PRI cuente con un núcleo de electores que le otorgan el voto a su candidato presidencial por temor al riesgo o con un razonamiento tipo "más vale malo por conocido que bueno por conocer".³⁴

El peso relativo de las evaluaciones retrospectivas y prospectivas varía dependiendo de la situación electoral específica, siendo ante todo una cuestión empírica. Si las posturas de los candidatos son ambiguas, las evaluaciones retrospectivas contarán más en la decisión de votar. La ambigüedad por parte de los candidatos es más factible en tiempos de prosperidad, ya que todos ellos quieren quedar asociados con el *statu quo*, mientras que en momentos de crisis buscarán alejarse del mismo, subrayando más las propuestas específicas. Si la elección se realiza durante una crisis económica, el partido en el poder estará en desventaja, a causa de la información retrospectiva. De ahí que en estas circunstancias, la mejor estrategia para los partidos contendientes sea hacer énfasis en la responsabilidad del partido en el poder respecto a la crisis económica y, al mismo tiempo, proponer medidas factibles y concretas para salir de la crisis. Si estos partidos no logran convencer prospectivamente al electorado, entonces la desventaja del partido en

³⁴ De hecho, este tipo de razonamiento podría explicar por qué un porcentaje tan alto de electores (20%) manifestaron que dividirían su voto. Podría ser que por temor al riesgo decidan votar por el candidato del PRI a la presidencia, pero votar por los candidatos de otros partidos, con los que prospectivamente se identifican más, para la legislatura federal.

el poder dependerá exclusivamente de la intensidad de la crisis que el elector experimenta. Si, por el contrario, la economía está creciendo, las evaluaciones retrospectivas le darán la ventaja al partido en el poder.³⁵ Pero en ambas ocasiones las evaluaciones prospectivas afectan la decisión de votar, ya que votar es ante todo una decisión *comparativa* del desempeño esperado de las distintas alternativas, y no sólo un acto de "venganza o premio" al partido en el poder. Las evaluaciones prospectivas contarán más en caso de que lo que se esté debatiendo en la elección sean propuestas de políticas específicas (*v.gr.*, cómo reanudar el crecimiento o cómo combatir la pobreza).

La evidencia empírica es contundente respecto a los efectos de la economía en el comportamiento electoral en otros países. Los electores responden positivamente a los gobiernos que los hacen prosperar, medido en términos de ingresos reales disponibles y posiblemente por niveles de desempleo e inflación. Los estudios encuentran que, en términos generales, una baja inflación, niveles bajos de desempleo y altas tasas de crecimiento de los ingresos personales favorecen a los partidos en el poder. Existen ciertas diferencias entre los países: los alemanes tienen una menor tolerancia a la inflación y los norteamericanos y británicos una mayor tolerancia al desempleo.³⁶

Las variables económicas, sin embargo, no explican toda la varianza en el comportamiento electoral, ya que éstas no agotan la agenda política. Más aún, estos resultados tienden a ser inestables pues, entre elecciones, existen cambios en la relevancia de los temas en la agenda política. La agenda, en términos generales, es producto de las opciones estratégicas de los políticos que buscan subrayar uno u otro tema según les resulte más conveniente. La evidencia empírica de los efectos de las campañas y la agenda política imperante pueden constatare principalmente mediante encuestas. Así, por ejemplo, en el proceso electoral de México en 1994 podemos observar que hay cambios importantes de preferencias manifiestas, los cuales responden a los sucesos que en el proceso electoral tuvieron más cobertura y visibilidad (el debate presidencial del 12 de mayo de 1994, principalmente, u otros hechos

³⁵ Paul Abramson *et al.*, *op. cit.* Por supuesto que el voto como referéndum del desempeño del PRI jugó un papel central en el pasado; pero esto ha dejado de ser el único determinante del voto a partir de 1988.

³⁶ Para una revisión sistemática de la literatura puede consultarse Monroe, "Econometric Analyses of Electoral Behavior: A Critical Review", *Political Behavior*, 1979, pp. 137-173. También véase Kramer, "Short Run Fluctuations in U.S. Voting Behavior, 1896-1964", *American Political Science Review* 65, 1971, pp. 131-143.

como la presentación de la propuesta económica del candidato del PRI). También podemos observar que la agenda política implicó el predominio, en primer lugar, de cuestiones económicas en amplio sentido, y en segundo, de cuestiones de seguridad pública. En alguna encuesta, por ejemplo, 24.5% de los entrevistados respondió que el problema económico/salarios/impuestos será el más urgente que deberá resolver el próximo presidente, seguido de 23.4% que consideró que lo es pobreza/vivienda/indígenas y 14.5% problemas de seguridad pública/narcotráfico/violencia.³⁷

Evaluaciones empíricas de la teoría de elección racional

En los países donde han existido encuestas por un periodo suficientemente largo, ha sido posible evaluar tanto el valor predictivo de la teoría de elección racional como el peso relativo de las evaluaciones retrospectivas y prospectivas en distintas elecciones. La medición de las evaluaciones prospectivas se obtiene pidiendo al encuestado que sitúe, en una escala determinada, las posiciones políticas de los candidatos y además su propia posición respecto a temas específicos, como política social, aborto, política económica, etc. Mediante análisis estadísticos se obtiene el efecto de dichas evaluaciones en el voto. Por ejemplo, para las elecciones de 1988, en Estados Unidos, se observó que, en efecto, los votantes podían posicionar en forma consistente a los candidatos en una escala de posiciones políticas en la que el candidato demócrata se percibía en todos los temas consistentemente a la izquierda del candidato republicano, y que los electores podían comparar estas posiciones con la propia, manifestando preferencias por el candidato más cercano a sus posiciones ideales. Se observó que las posiciones políticas del electorado estaban más cercanas a las del candidato demócrata, Dukakis, que a las del candidato republicano, Bush, y que había una correlación con el voto. No obstante, el segundo ganó las elecciones. Ello implica que las evaluaciones prospectivas no pueden explicar la victoria de Bush, sino las retrospectivas: un mayor número de votantes, a pesar de que se identificaban más con Dukakis, votaron por Bush porque aprobaban el desempeño del entonces presidente re-

³⁷ *Reforma*, año 1, núm. 195, 15 de junio de 1994. También en las encuestas publicadas en *Este País*, núm. 39, junio de 1994, p. 64, se observa el predominio de cuestiones económicas (17%), seguido de problemas de corrupción (13%) y de gobierno (11%).

publicano, Reagan, y como consecuencia le dieron el voto al que entonces era su vicepresidente. En el mismo trabajo se contrasta esta elección con las de 1984 y 1980, en las que el peso relativo de las evaluaciones prospectivas fue mayor.³⁸

Estos resultados no implican, sin embargo, que no exista correlación entre el voto en la elección pasada (tiempo t) y en la elección presente (tiempo $t + 1$). La teoría de elección racional afirma que, en efecto, el votante tenderá consecutivamente a votar por el mismo partido, ya que esto ahorra costos de información pues los partidos, a lo largo del tiempo, construyen una reputación respecto a la ideología y políticas que favorecen. No obstante, esta decisión permanece siempre y cuando dicho partido no le dé "buenas razones" al elector para cambiar su decisión. Con ello se reformula la noción de "identificación partidista" —que es central en la teoría psicológica— pero poniendo énfasis en sus aspectos cognitivos y no afectivos.

La "identificación con un partido" se convierte entonces en una variable endógena, producto de la historia política que engloba las "memorias" de las experiencias políticas pasadas y sujeta a reevaluación en el presente. Utilizando la teoría de elección racional, Morris Fiorina define la identificación partidista como la diferencia de las experiencias del individuo con los partidos políticos, perturbada por un factor "x" que representa los efectos no incluidos directamente en las experiencias políticas de los individuos (por ejemplo, la identificación partidista de los padres).³⁹ De esta manera, la identificación partidista se explica como el resumen de la memoria política del individuo: sus evaluaciones subjetivas formadas al observar el desempeño de los partidos políticos en las últimas elecciones. Cuando el individuo apenas logra conciencia política, el factor "x" pesa más en la decisión de votar (la influencia de sus padres, escuela y otros agentes socializadores en su temprana edad). Conforme adquiere más experiencia, el peso relativo de este factor disminuye y la identificación partidista refleja cada vez más los hechos políticos que el individuo experimenta y observa directamente. Los cambios en la identificación partidista se explican, en consecuencia, como producto de las evaluaciones prospectivas y retrospectivas del individuo a partir de sus propias experiencias y la historia política que ha observado, dando más peso a los acontecimientos más cercanos en el tiempo.

³⁸ Paul Abramson *et al.*, *op. cit.*

³⁹ Morris Fiorina, *op. cit.*

Aunque aún no contemos con encuestas para evaluar el valor predictivo de esta teoría en México, resulta relevante subrayar que existe evidencia contundente en otros países respecto a la racionalidad en el acto de votar, la que engloba tanto la memoria política del individuo como la evaluación de las alternativas dada la información disponible. A mayor información, existe mayor base para sustentar la racionalidad de la democracia, puesto que en ella los gobiernos emanan del voto de los ciudadanos. También es importante hacer énfasis en que las preferencias de los electores respecto a un partido político en especial no son inalterables a lo largo del tiempo, sino que fluctúan dependiendo de la situación económica y agenda política imperantes, esto es, de las evaluaciones retrospectivas y prospectivas. Los partidos tienen un corazón de electores más o menos sólido, pero otros están dispuestos a cambiar su decisión considerando estos factores y exigiendo así a los candidatos una mayor responsabilidad electoral. La evaluación de esta teoría en México deberá incluir factores que expliquen el peso relativo del temor al riesgo en el voto por el candidato presidencial del PRI con respecto al voto basado en evaluaciones prospectivas y retrospectivas.

El voto estratégico⁴⁰

Existe evidencia de que el voto no sólo es racional, sino, en ocasiones, estratégico. La presencia del voto estratégico indica que efectivamente los votantes realizan cálculos de utilidad esperada, esto es, estiman las probabilidades de ganar de los distintos candidatos y deciden en consecuencia. El voto estratégico implica votar por el candidato que representa la segunda opción del votante, y al cual se percibe con mayores posibilidades de ganar que el candidato de su preferencia. De ahí que el voto estratégico tenga lugar sólo cuando compiten más de dos partidos políticos o candidatos —y sobre todo en sistemas electorales de mayoría relativa, en distritos uninominales en los que sólo un candidato, el que obtiene la pluralidad de votos, es elegido, a pesar de que dicho candidato no logre obtener una mayoría absoluta de votos—. Las elecciones presidenciales de México, Estados Unidos y Chile, entre otras, están reguladas precisamente por este tipo de regla electoral.⁴¹

⁴⁰ Esta sección se basa en mi artículo "El voto estratégico: el dilema del elector de oposición", *Cuaderno de Nexos*, núm. 73, julio de 1994, pp. XI-XV.

⁴¹ Los sistemas de "segunda vuelta" también se prestan a voto estratégico: votar en la primera

¿En qué circunstancias es de esperarse que el voto "estratégico" tenga lugar? ¿Sería posible que el voto estratégico decidiera el resultado de las elecciones? ¿Qué "tipo" de votantes podría razonar de esta manera?

El voto estratégico no es sólo una posibilidad teórica. Existe evidencia de que, en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, el voto estratégico ocurre cada vez que un tercer candidato independiente decide competir en la elección. En estos casos, un número importante de votantes ha decidido votar por su segunda opción, a pesar de simpatizar más con el candidato independiente. Por ejemplo, en las elecciones presidenciales en las que existió un candidato independiente fuerte y para las que se tienen encuestas apropiadas (1968 y 1980), el voto estratégico tuvo lugar. Más de 95% de los que preferían a uno de los candidatos de los partidos Demócrata y Republicano votó por ellos, mientras que sólo 85% de los que preferían a George Wallace en primer lugar votaron por él en 1968, y sólo 57% de los que posicionaban a John Anderson en primer lugar favorecieron a dicho candidato con su voto en 1980.⁴² Estos datos indican que, en efecto, los votantes utilizaron el razonamiento de utilidad esperada en su voto, calculando las posibilidades de ganar de las distintas opciones. Los políticos estratégicos, además, incentivan a los electores a realizar estos cálculos.⁴³ Los candidatos de los partidos Demócrata y Republicano en ambas ocasiones anunciaron que votar por el candidato independiente representaría "tirar el voto", ya que éste no tenía posibilidades reales de ganar. Por ejemplo, Jimmy Carter, quien estaba perdiendo más que Ronald Reagan a causa de la popularidad de Anderson, realizó una campaña intensa en el sentido de que "un voto por Anderson representaba un voto por Reagan".⁴⁴ Este mensaje sacudió fuertemente al electorado ya que, según las encuestas, 45% de los que habían considerado a Anderson como su candidato favorito decidieron no votar por él porque sentían que no tenía posibilidades de ganar; mientras que casi 55% coincidió con Carter en el sentido de que un voto por Anderson "ayudaría a elegir a otro candidato que me disgusta más".

vuelta por el candidato que perderá en contra de tu favorito en una elección binaria. No obstante, esto supone el procesamiento de información más compleja y, en consecuencia, existen más posibilidades de cometer errores.

⁴² Paul Abramson *et al.*, *op. cit.*

⁴³ John Aldrich, *op. cit.*

⁴⁴ El candidato demócrata incluso rechazó debatir con Reagan si Anderson participaba en el debate con el fin de evitar que el candidato independiente apareciera como un "candidato serio"; en efecto, el debate tuvo lugar entre Reagan, Anderson y una silla vacía.

También existe evidencia indirecta del voto estratégico en México —aunque ésta no se deriva de encuestas sino de datos agregados. En Baja California, por ejemplo, en 1988 Cárdenas, como candidato del FDN, ganó la competencia por la presidencia con 36.9% de los votos, mientras que el candidato del PAN, Clouthier, obtuvo 24.5%. No obstante, el segundo partido ganó la gubernatura en 1989 con 52.5%. Probablemente el electorado razonó estratégicamente que el PAN representaba la mejor opción para derrotar al PRI.

Para ilustrar la posibilidad de voto estratégico supongamos el escenario que se ilustra en el cuadro 1. La primera columna representa el porcentaje de votos que los candidatos recibirían si no existiera voto estratégico (los números son simplemente ilustrativos, no se derivan de encuestas o de una predicción personal). En la segunda columna se propone un ordenamiento hipotético de las preferencias de tres grupos de votantes respecto a los candidatos de los partidos fuertes. En este ejemplo, supongo que los votantes que apoyan al PRI prefieren en segundo lugar al PAN y en tercero al PRD, y los votantes que apoyan a uno de los partidos de oposición ordenan al candidato del PRI en último lugar.⁴⁵

El voto "sincero" supondría que el PRI recibe 39%, el PAN 30% y el PRD 20% de los votos. El voto estratégico, en cambio, supondría que algunos de los votantes pertenecientes al tercer grupo votaran por su segunda opción, el PAN, con el fin de derrotar a su tercera opción, el PRI. Con estos números hipotéticos se requeriría que 10% de los votantes que prefieren al PRD votaran estratégicamente para que el candidato del PAN ganara la elección con 40% de los votos. Un voto estratégico como éste supondría un cambio significativo en el comportamiento electoral: implicaría que del electorado que expresara simpatía por el PRD, 50%⁴⁶ no votaría por dicho candidato sino por el del PAN. En la medida que el cuadro 1 presentara un menor margen del PRI sobre el segundo candidato, el requisito de voto estratégico sería menos exigente para definir el resultado de las elecciones. Una forma adicional de voto estratégico consistiría, por ejemplo, en votar por el PRD, a pesar de que la posición ideológica del votante se encuentre más cercana al PT, esto

⁴⁵ Para que el voto estratégico tenga algún efecto no se requiere que los números sean los presentados en el cuadro. Lo que se necesita es que, en primer lugar, el candidato del PRI no tenga la mayoría absoluta de los votos, y en segundo, que la suma de los votos de los candidatos de oposición sea mayor a la pluralidad del candidato del PRI.

⁴⁶ Es decir, 10 puntos de 20% de los votantes que en el cuadro posicionan a Cárdenas como su primera opción.

Cuadro 1

<i>Porcentaje de votos de primer lugar</i>	<i>Ordenamiento completo de preferencias</i>
39% PRI	PRI, PAN, PRD
30% PAN	PAN, PRD, PRI
20% PRD	PRD, PAN, PRI
11% Otros candidatos	

con el fin de fortalecer la posición de izquierda que se considera más viable en la contienda electoral.

El hecho de que después del debate presidencial del 12 de mayo algunas encuestas reportaron un cambio de preferencias en favor del candidato del PAN y en perjuicio del candidato del PRD es una evidencia indirecta de que existen posibles electores estratégicos en las elecciones presidenciales de 1994. Por ejemplo, en las encuestas que se publicaron en el periódico *Reforma* antes del debate, se informó que 45% votaría por Zedillo y 15% por Cárdenas, mientras que el tercer lugar lo ocupaba Fernández de Cevallos con 14%. Después del debate los porcentajes se modificaron: 38% en favor de Zedillo, 31% en favor de Fernández de Cevallos y 11% en favor de Cárdenas.⁴⁷ Algunos de estos porcentajes reflejan un simple cambio de preferencias en favor del candidato menos conocido. Pero el candidato del PAN posiblemente logró capturar votantes no sólo del PRI sino también del PRD. Ésta y otras encuestas indican que existe un porcentaje de votantes dispuestos a cambiar su decisión de voto por razones estratégicas, lo cual explicaría por qué Cárdenas se encontraba por encima de Fernández de Cevallos en la mayoría de las encuestas hasta antes del debate, pero no así después. Hay que ser cautelosos, sin embargo, al extraer conclusiones de estos datos, ya que el voto estratégico en estas encuestas no se puede verificar directamente. La encuesta no especifica quiénes cambiaron su decisión de voto. Bien pudiera ser que el grupo que cambió en favor de Fernández de Cevallos fuera el de indecisos, mientras que los votantes que antes preferían a Cárdenas hayan pasado a reemplazar a los indecisos que se volvieron explícitos en sus preferencias.

La posibilidad de voto estratégico *en contra* del PRI se rompería

⁴⁷ *Reforma*, año 1, núm. 162, 13 de mayo de 1994.

Cuadro 2

<i>Porcentaje de votos de primer lugar</i>	<i>Ordenamiento completo de preferencias</i>
39% PRI	PRI, PAN, PRD
30% PAN	PAN, PRI, PRD
20% PRD	PRD, PRI, PAN
11% Otros candidatos	

si este partido no representara la última opción para los electores que apoyan a los partidos de oposición. Entre más polarizada esté la oposición, este tipo de escenario es de esperarse. En el cuadro 1 esto significaría que los dos últimos grupos de votantes posicionarían al PRI en el segundo puesto, y con ello se perdería la posibilidad de votar estratégicamente para fortalecer a la oposición. El cuadro hipotético 1 se vería entonces como lo muestra el cuadro 2.

Si las preferencias se reordenan de esta manera, el PRI se convertiría en el llamado “ganador de Condorcet”,⁴⁸ terminando la posibilidad de voto estratégico en contra del PRI. Ser ganador de Condorcet significa ser el candidato que siempre gana en comparaciones binarias (comparando sólo dos candidatos a la vez) con el resto de las opciones. Así, por ejemplo, si se compara al PRI sólo con el PAN, el primero obtendría 59% de los votos (la suma de 39% y 20%), y si se compara al PRI sólo con el PRD, el PRI obtendría 69% de los votos (la suma de 39% y 30%). Ninguno de los partidos de oposición es ganador de Condorcet según el ordenamiento modificado de preferencias presentado en este segundo cuadro. Hay que hacer notar que de acuerdo con el ordenamiento de preferencias presentado en el primer cuadro, el PAN era el ganador de Condorcet, obteniendo en comparación binaria en contra del PRI 50% de los votos y en contra del PRD 69%. Esto ilustra uno de los aspectos importantes del voto estratégico: si el ganador de Condorcet no coincide con quien obtiene la mayoría relativa de los votos, hay cabida para votar por la segunda preferencia y así evitar lo que se percibe como un mal mayor.

⁴⁸ Llamado así por Condorcet, filósofo del siglo XVIII, quien propuso un método de votación que implica comparar cada alternativa binariamente con todas las demás en votaciones mayoritarias. Condorcet descubrió que cuando no existe tal ganador, el ordenamiento colectivo de las preferencias viola el axioma de transitividad. Más adelante se discute este problema.

La diferencia fundamental que se presenta entre los dos "juegos" electorales es que, en cada caso, el electorado ordena en forma diferente sus preferencias respecto a los tres candidatos más fuertes, mientras que el porcentaje de votos de primer lugar permanece constante. En el fondo, lo que las dos formas de ordenación de preferencias están reflejando es una dinámica distinta de competencia partidista. En el juego presentado en el segundo cuadro, la dimensión más relevante de competencia política es la económica o ideológica (el eje izquierda-derecha), en cuyo caso el candidato del centro, el PRI, es el más fuerte y el que además resulta invulnerable al voto estratégico. Esto se deriva de que, si se observa con detenimiento, las preferencias de los tres grupos de votantes están ordenadas consistentemente en la dimensión izquierda-derecha. Así, por ejemplo, los que hipotéticamente manifiestan preferencias por el PRD (izquierda), optan en segundo lugar por el PRI (centro) y en tercero por el PAN (derecha); los que prefieren al PAN (derecha) posicionan en segundo al PRI (centro) y en el tercero al PRD (izquierda); mientras que los que prefieren al PRI (centro), para ser consistentes con la dimensión izquierda-derecha, podrían indistintamente elegir en segundo lugar al partido de derecha o al de izquierda. En el juego se supone que prefieren en segundo lugar al del PAN, pero si colocara en segundo lugar al del PRD no se alteraría en nada el resultado: el partido del centro gana por pluralidad y, al ser ganador de Condorcet, el voto estratégico no puede afectarle.

El primer cuadro, en cambio, refleja una dinámica de competencia partidista prosistema-antisistema. Si el PRD se considera el partido más radical en esta dimensión, el PAN el partido moderado, y el PRI el partido prosistema, las preferencias de los votantes pueden ordenarse consistentemente. Así, por ejemplo, los electores que prefieren al PRI (prosistema), posicionan en segundo lugar al PAN (moderado) y en tercero al PRD (radical); los que prefieren al PRD (radical), posicionan en segundo puesto al PAN (moderado) y en tercero al PRI (prosistema); mientras que los que prefieren al PAN (moderado), para ser consistentes con dicha dimensión de competencia, podrían indistintamente ordenar en segundo lugar al partido prosistema o al radical, y en nada cambiaría el resultado del juego. En este juego el PRI gana por pluralidad, sin embargo, al no ser ganador de Condorcet, es vulnerable al voto estratégico. Más aún, esta dimensión de competencia partidista fortalece al PAN al resultar el ganador de Condorcet, en este caso, por ser el partido moderado.

La dinámica electoral mexicana presenta de hecho ambas dimen-

siones de contienda política.⁴⁹ Los partidos políticos intentarán en las campañas dar énfasis a la dimensión que les resulte más conveniente. En la dimensión económica o ideológica (izquierda-derecha), el PRI ocupa la posición más fuerte por ser el partido del centro. En la dimensión política (prosisistema-antisistema), el PRI se ve vulnerado porque el partido de oposición más fuerte, el PAN, podría beneficiarse de votos estratégicos en contra del partido en el poder al ser el ganador de Condorcet.

Dado el multipartidismo de México, los candidatos no se comparan en forma binaria en las elecciones, por lo que es difícil que cualquier candidato, sobre todo de la oposición, obtenga porcentajes tan altos de voto como aquéllos arrojados por la noción de ganador de Condorcet. Más aún, en la medida en que es difícil suponer que todos los votantes razonarán estratégicamente para fortalecer a su segunda opción, es de esperarse que el multipartidismo debilite a la oposición en las elecciones presidenciales. Si además los políticos no buscan incentivar estratégicamente a los electores a realizar cálculos de utilidad esperada con los que consideren las posibilidades de ganar de las distintas alternativas, es difícil que un número significativo de electores razone estratégicamente para fortalecer a su segunda opción.

Problemas de desequilibrio en las elecciones mexicanas

El que la dinámica electoral mexicana presente ambas dimensiones de contienda política implica que es muy posible que el ordenamiento colectivo de las alternativas resulte intransitivo. Esto haría más difícil predecir la dirección del voto estratégico e inclusive el resultado de las elecciones, ya que técnicamente no existe un equilibrio político cuando las preferencias colectivas violan el axioma de transitividad.

La transitividad implica, en palabras simples, que existe "racionalidad" en el ordenamiento de las preferencias colectivas y que es posible escoger una mejor opción. Por ejemplo, si existen tres individuos escogiendo una mejor alternativa (X, Y, Z) a partir de la regla de mayoría en comparaciones binarias, la transitividad se logra con un ordenamiento completo de las preferencias de los electores de las características que se dan en el cuadro 3.

⁴⁹ Véase Juan Molinar Horcasitas, *op. cit.* Dicho autor propone ambos ejes de competencia, el "ideológico" que va de izquierda a derecha, y el "programático" que es el eje prosisistema-antisistema.

Cuadro 3

Individuo	Ordenamiento completo de preferencias		
A	X	Y	Z
B	Z	X	Y
C	Y	X	Z

En este caso, *X* gana por mayoría y el ordenamiento colectivo de las preferencias es transitivo; es decir, *X* le gana a *Y* con el voto de *A* y *B*; *Y* le gana a *Z* con el voto de *A* y *C*; y *X* le gana a *Z* con el voto de *A* y *C*. El ordenamiento colectivo de las preferencias es transitivo, pues si *X* es mejor que *Y*, y *Y* es mejor que *Z*, por transitividad *X* es mejor que *Z*. En ambos ejemplos presentados en relación con las elecciones mexicanas (cuadros 1 y 2) es fácil demostrar que se cumple la transitividad en el ordenamiento colectivo de las preferencias.

No obstante, si el ordenamiento de las preferencias de los individuos cambia, es posible que no se cumpla la transitividad y, en consecuencia, que no exista una mejor alternativa social. Esto se ilustra en el cuadro 4. En este caso, *X* le gana a *Y* con el voto de *A* y *C*; *Y* le gana a *Z* con el voto de *A* y *B*; y por transitividad deberíamos esperar que *X* le ganara a *Z*. No obstante, *Z* le gana a *X* con el voto de *B* y *C* y, en consecuencia, el ordenamiento colectivo de las preferencias resulta intransitivo. A esto se le llama "ciclo de la mayoría", ya que la votación puede hacer un ciclo en la opción social de *Z* a *Y* a *X* y de regreso a *Z*.

El *Teorema de Imposibilidad de Arrow* generaliza este tipo de "paradojas de votación" para cualquier método de elección colectiva. Este teorema implica, en esencia, que los ciclos siempre pueden ocurrir —no implica que *deban* ocurrir, pero sí que *nunca* pueden ser descartados. En palabras simples, Arrow demostró que no existe un método de elección colectiva que genere resultados sociales transitivos⁵⁰ a partir de preferencias individuales transitivas y que cumpla con ciertas condiciones razonables en el método de la elección.⁵¹ Estas condiciones

⁵⁰ Más precisamente, que la elección social sea un ordenamiento débil, lo que significa que el conjunto de alternativas sociales, *X*, esté *conectado* y que estas alternativas puedan ser ordenadas cumpliendo el axioma de transitividad en las relaciones de preferencia estricta e indiferencia (la relación *R*).

⁵¹ Las condiciones razonables del método de la elección son llamadas condiciones de "justicia"

Cuadro 4

Individuo	Ordenamiento completo de preferencias		
A	X	Y	Z
B	Y	Z	X
C	Z	X	Y

son: 1) La inexistencia de un dictador (condición *D*). Esto es, que no exista una persona *i* tal que si $x P_i y$ (si *i* prefiere a *x* que a *y*), la opción social es *x* sin importar las preferencias de los otros; 2) Dominio Universal (condición *U*). En palabras sencillas, esta condición implica que los individuos pueden tener cualquier ordenamiento de preferencias, siempre y cuando éstos cumplan con ciertos requisitos mínimos de racionalidad, a saber, que el ordenamiento sea transitivo y completo; 3) Optimalidad de Pareto (condición *P*). Esto implica que para cualquier par de alternativas (*x*, *y*), si todos los individuos prefieren *x* a *y*, la sociedad no escoge *y*, y 4) Independencia de alternativas irrelevantes (condición *I*). Esta condición requiere que el método de decisión produzca siempre los mismos resultados si éste se aplica a un mismo perfil de preferencias individuales.

El teorema de Arrow implica que si el método de elección social cumpliera con dichas condiciones, se estaría violando la transitividad en el ordenamiento colectivo de las preferencias y en consecuencia no habría un equilibrio político. En un mundo sin instituciones, la falta de un equilibrio político implicaría, por ejemplo, que cualquier coalición mayoritaria puede formarse para derrotar la opción de cualquier otra coalición mayoritaria. En el ejemplo presentado en el cuadro 4, *A* y *B* podrían intentar formar una coalición para votar por *Y*. Esta coalición es, sin embargo, inestable, ya que *C* puede ofrecerle a *A* formar una nueva coalición para votar por *X* —que tanto *A* como *C* prefieren a *Y*. Nuevamente esta segunda coalición es inestable, ya que *B* puede ofre-

por William Riker. Para una discusión extensa de este teorema véase William Riker, *Liberalism Against Populism*, Illinois, Waveland Press, 1982. También Norman Frohlich y Joe Oppenheimer, *op. cit.*, pp. 15-31. Gran parte del debate posterior a Arrow se ha concentrado en determinar qué tan importantes son cada una de estas condiciones. Para una versión en castellano puede consultarse Kenneth Arrow y Tibor Scitovsky (comps.), *Ensayos sobre economía de bienestar*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

cerle a *C* votar por *Z* —que ambos prefieren a *X*— y así sucesivamente, sin llegar a un equilibrio.

La falta de equilibrio político facilita la manipulación estratégica de agendas, lo cual implica que el resultado depende no de las preferencias de los electores sino de la secuencia en que se voten las alternativas. La manipulación estratégica de la agenda con frecuencia se observa en los comités parlamentarios. Si utilizando el perfil de preferencias presentado en el cuadro 4 la agenda consiste, por ejemplo, en someter a votación mayoritaria a *X* en contra de *Y*, y luego contrastar el ganador con *Z*, el resultado sería *Z* (en ausencia de voto sofisticado), ya que *X* le gana a *Y* con el voto de *A* y *C*, y *Z* le gana a *X* con el voto de *B* y *C*.⁵² En cambio, si la agenda consiste en someter a votación a las alternativas *Y* y *Z*, y luego votar el ganador contra *X*, el resultado sería *X*, ya que *Y* le gana a *Z* con el voto de *A* y *B*, y *X* le gana a *Y* con el voto de *A* y *C*.⁵³

La implicación del teorema de Arrow es todavía más amplia: si existe transitividad en el ordenamiento colectivo de las preferencias, *alguna* de las condiciones del método de la elección se estaría violando. Por ejemplo, si el ordenamiento colectivo de las preferencias es transitivo, es posible que exista un dictador —una persona que logre imponer sus preferencias sobre cada par de opciones sin importar las preferencias de los otros. En el cuadro 4, la transitividad se lograría si *A* se convirtiera en un “dictador”, ya que sólo este individuo prefiere a *X* por encima de *Z*.

Una línea de investigación importante dentro de la literatura de elección social ha sido la búsqueda de condiciones —institucionales y no institucionales— para generar equilibrios en los juegos de votación; equilibrios que nos puedan decir qué escogerá la sociedad no obstante la validez teórica del teorema de Arrow. El resultado más famoso es el *Teorema del Votante Mediano de Duncan Black*.⁵⁴ Este teorema dice

⁵² El voto sofisticado podría hacer que *Y* ganara. Al votar *X* vs. *Y*, *A* podría votar por *Y* (su segunda opción) en lugar de *X*, sabiendo que *Y* le gana a *Z* (su tercera preferencia), mientras que *X* pierde en contra de *Z*.

⁵³ La manipulación de la agenda resulta más difícil cuando existe equilibrio o ganador de Condorcet. Si se utiliza el perfil de preferencias presentado en el cuadro 3, cualquier agenda llevaría a que *X* gane. Por ejemplo, si se contrasta primero el par de alternativas *X*, *Y*, y luego el ganador con *Z*, *X* gana; si, en cambio, se contrasta primero el par de alternativas *Y*, *Z*, y luego el ganador con *X*, *X* también gana. No obstante, Riker argumenta que es posible votar sofisticadamente con el fin de ocasionar “falsamente” un ciclo y así evitar que el ganador Condorcet se imponga. William Riker, *ibidem*, p. 171.

⁵⁴ Duncan Black, *The Theory of Committees and Elections*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958.

que si es posible ordenar las alternativas de tal forma que las preferencias de los votantes sean “de un solo pico”⁵⁵ en una sola dimensión, entonces existe un equilibrio.⁵⁶ Si llamamos a la primera alternativa de cada votante su “punto ideal”, el resultado es que el punto ideal del votante mediano es el equilibrio. Éste coincide precisamente con el ganador de Condorcet, ejemplificado en la sección anterior. En términos del *Teorema de Imposibilidad de Arrow*, el resultado de Black implica que se logra un equilibrio, pero violando una de las condiciones del método de elección, a saber, la de “dominio universal”. Las preferencias de “un solo pico” suponen que de alguna manera existe una *similitud* importante en las preferencias de los individuos; esto no implica que todos tengan las mismas preferencias, sino que los individuos ordenan las alternativas conforme a una misma dimensión del espectro político.

En los dos juegos electorales presentados para el caso de México en los cuadros 1 y 2, las preferencias de los votantes se ordenaron de tal forma que éstas eran de “un solo pico”, de ahí que el ordenamiento colectivo de las preferencias resultara transitivo. En el primer cuadro, las preferencias de los individuos se ordenaron en una sola dimensión —el eje prosistema-antisistema—, de tal forma que todos los votantes tienen preferencias “consistentes” con dicha dimensión, que al graficarlas resultan ser de “un solo pico”. En el segundo cuadro se hizo lo mismo pero en la dimensión izquierda-derecha.

No obstante, en México en realidad se vota sobre las dos dimensiones a la vez, por lo que es necesario integrar ambas dentro de los

⁵⁵ Esta expresión deriva de la representación gráfica de las preferencias de los electores. En el eje de las *X* se ordenan las alternativas (por ejemplo, izquierda, centro, derecha) y en el eje de las *Y* la utilidad derivada para cada votante de dichas alternativas. Las preferencias que *no* son de “un solo pico” implican que las alternativas de los extremos proporcionan más utilidad que la alternativa del medio. Preferir en primer lugar la opción de izquierda, en segundo lugar la opción de centro y en tercero la opción de derecha generaría una preferencia de “un solo pico”; mientras que preferir primero la derecha, en segundo lugar la izquierda y en tercero el centro generaría una preferencia de dos picos si éstas se grafican sobre la dimensión de competencia partidista izquierda-derecha. Véase William Riker, *op. cit.*, p. 127, para la representación gráfica de las preferencias de “un solo pico”.

⁵⁶ Anthony Downs, *op. cit.*, proporciona el resultado comparable en el caso de electorados masivos en su modelo espacial de competencia de partidos. Dos candidatos que compiten sobre una sola dimensión (*v. gr.*, izquierda-derecha) y buscando sólo ganar la elección tenderán a “converger” en el punto ideal del votante mediano. Resultados de equilibrio, aunque no de convergencia, se pueden encontrar para competencias de más de dos candidatos. No obstante, en el caso de tres candidatos *no existe* un equilibrio. Véase Kenneth Shepsle y Ronald Cohen, “Multiparty Competition, Entry, and Entry Deterrence in Spatial Models of Elections”, en James Enelow y Melvin Hinich (eds.), *Advances in the Spatial Theory of Voting*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Cuadro 5

Grupo de votantes	Ordenamiento completo de preferencias
A	PRI, PAN, PRD
B	PAN, PRD, PRI
C	PRD, PRI, PAN

ordenamientos de preferencias individuales.⁵⁷ La integración de las dos dimensiones de competencia partidista en las preferencias individuales para el caso de México se ilustra en el cuadro 5.

Este perfil puede interpretarse claramente en un sentido bidimensional y es fácil verificar que ningún grupo tenga más de 50% de los votantes, es decir, no existe ganador de Condorcet. En votaciones binarias, el PRI le gana al PAN, el PAN al PRD, y por transitividad debería el PRI ganarle al PRD; no obstante, el PRD le gana al PRI. Al introducir ambas dimensiones de competencia de partidos es más difícil predecir la dirección del voto estratégico. Sería posible, por ejemplo, que los electores del segundo grupo votaran por el PRD para evitar que el PRI ganara. Sin embargo, esto proporcionaría incentivos para que los electores del primer grupo votaran por el PAN para evitar que el PRD ganara, y así sucesivamente sin llegar a un equilibrio. Si suponemos que los tres partidos tienen el mismo porcentaje de apoyo electoral, sería imposible predecir el resultado de las elecciones partiendo de un perfil de preferencias de esta naturaleza: el resultado sería arbitrario.

Los problemas de intransitividad son factibles en las elecciones en México, en especial porque la competencia de partidos es bidimen-

⁵⁷ A diferencia de lo que ocurre en espacios unidimensionales, en los que si las preferencias son de "un solo pico" el equilibrio existe, según lo demuestra el teorema de Black, en espacios multidimensionales la existencia de un equilibrio es remotísima. Plott demostró que se requiere de la existencia de un votante mediano en todas las direcciones para lograr un equilibrio. Sin embargo, la existencia de un punto mediano en todas las direcciones (*multi-variate median*) sólo ocurre en distribuciones simétricas de puntos ideales. Por lo tanto, no es posible generalizar el resultado de Black a espacios multidimensionales de competencia partidista, lo cual implica que las opciones sociales casi siempre están expuestas al problema de los ciclos. Charles Plott, "The Notion of Equilibrium and its Possibility Under Majority Rule", *American Economic Review*, núm. 57, septiembre de 1967, pp. 787-806. La literatura al respecto es muy extensa. En relación con el voto estratégico, Gibbard demostró que cuando existe un ciclo de Arrow hay siempre incentivos para votar estratégicamente o en forma sofisticada. Allan Gibbard, "Manipulation of Voting Schemes: A General Result", *Econometrica*, núm. 41, pp. 587-601.

Cuadro 6

<i>Grupo de votantes</i>	<i>Ordenamiento completo de preferencias</i>
A	PRI, PAN, PRD
B	PAN, PRI, PRD
C	PRD, PAN, PRI

sional. Es necesario, no obstante, contar con encuestas que revelen el ordenamiento completo de las preferencias de los electores para evaluar la relevancia de estos problemas en el caso de México. A primera vista ciertos supuestos podrían resultar cuestionables. En primer lugar, a partir de 1988 el PAN ha tendido a desplazarse sobre el eje antisistema-prosistema, del espacio "radical" al "moderado"; es posible en consecuencia que muchos de los electores que prefieren al PAN, posicionen en segundo lugar al PRI que, en términos espaciales, hoy se encuentra más cercano al PAN en ambos ejes. En segundo lugar, el PRD es el partido más "radical" en dicho eje, por lo que es de suponer que, en sentido espacial, el PRI se encuentra más lejano que el PAN de las posiciones ideales de muchos de los electores del PRD, aun considerando la dimensión izquierda-derecha. Estas hipótesis, por supuesto, deben ser evaluadas con encuestas. Pero si el razonamiento es correcto, podríamos imaginarnos el perfil de preferencias que se da en el cuadro 6.

Este perfil de preferencias podría también ser interpretado en sentido bidimensional. Los primeros dos grupos de votantes ordenarían sus preferencias utilizando criterios relevantes tanto en la dimensión izquierda-derecha como en la dimensión prosistema-antisistema; mientras que el tercer grupo lo haría sólo en la dimensión prosistema-antisistema. A diferencia de lo que ocurre en el cuadro 5, en éste es posible reordenar, como lo sugiere el trabajo de Black, las alternativas de forma tal que las preferencias resultan ser de "un solo pico".⁵⁸ De la misma manera, es fácil verificar que sí existe ganador de Condorcet: el PAN.

Los cuadros 1, 2 y 6, a diferencia del 5, suponen que existe cierta similitud en los juicios de los electores. La similitud de juicios es producto no sólo de la ideología y la educación, sino también del proceso político y de la dinámica de competencia de partidos. Ésta implica que

⁵⁸ Esto se logra colocando en el eje de las X al PAN entre el PRI y el PRD.

los votantes coinciden, no en sus preferencias pero sí en la posición de las alternativas en el espectro político. La posibilidad de ciclos aumenta, por un lado, entre mayor sea el número de alternativas, y por el otro, entre mayor sea el número de votantes. Hasta ahora la discusión se ha centrado en tres alternativas. No obstante, en México existen nueve partidos compitiendo por la presidencia, lo cual aumenta la posibilidad de intransitividad en el ordenamiento colectivo. Asimismo, los cuadros presentados simplifican la realidad con el fin de entender la operación de distintos mecanismos. En realidad existen "subgrupos" dentro de los tres grupos electorales que presentamos en los distintos cuadros, los cuales difieren en sus perfiles de preferencias, con lo que los problemas que plantea el teorema de Arrow siempre son una posibilidad.

Conclusiones

Este ensayo presentó la teoría de elección racional como un modelo alternativo a las teorías sociológicas y psicológicas para entender el comportamiento electoral en México en un contexto de elecciones cada vez más competitivas. En efecto, sólo si se utiliza un modelo que logre explicar la manera como los electores consideran las variables de corto plazo en sus decisiones de votar, se pueden comenzar a entender los efectos de las campañas, los candidatos y la situación política y económica prevalecientes en el comportamiento electoral. Una interpretación más amplia de esta teoría también logra aclarar los efectos de variables de largo plazo en la decisión de votar o abstenerse. La reinterpretación del término *D* como una decisión de inversión a largo plazo puede explicar la paradoja de la decisión de votar en las elecciones en México, a saber, que se decida votar a pesar de que existe la sospecha de que el voto no será respetado. Este modelo presenta una ventaja adicional: al esclarecer las variables relevantes en la decisión del voto, las decisiones estratégicas de los políticos en las campañas comienzan a ser comprensibles. Por ejemplo, se puede entender las razones por las que el PAN ha buscado subrayar en sus estrategias de mercado electoral su experiencia de desempeño en los gobiernos estatales. Sabiendo la importancia de las evaluaciones retrospectivas en el voto, el PAN pone énfasis en aspectos que considera que le benefician y que en cambio perjudican a sus contrincantes.

De la teoría de elección racional y la posible presencia de voto estratégico se pueden derivar varias hipótesis para explicar aspectos

importantes del comportamiento electoral en México. Sin embargo, las hipótesis que aquí se presentan deben ser tomadas con cautela porque no están corroboradas con análisis estadísticos.

1) Hasta las elecciones presidenciales de 1994 las evaluaciones prospectivas eran irrelevantes en la decisión de votar para presidente, ya que las alternativas no se percibían como viables a causa de la imposibilidad de alternancia en el poder. De esta manera, el voto en las elecciones presidenciales representaba estrictamente una medida de la evaluación del desempeño del presidente saliente (un referéndum sobre todo de la situación económica) y no una manifestación de preferencias del electorado. Si se votaba por la oposición era para mostrar descontento o "castigar" al PRI y no para elegir una alternativa; si se votaba por el candidato del PRI era, para algunos, una manifestación de apoyo, y para muchos otros, una obligación impuesta por las confederaciones, los sindicatos o los caciques locales.

2) Dada la tradicional irrelevancia de las evaluaciones prospectivas en el comportamiento electoral, el sorprendente desempeño de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 no puede ser tomado como una medida confiable de las preferencias ideales de política de los votantes. En 1988 muchos votaron por dicho candidato porque se percibía como el más "eficiente" para castigar al PRI (principalmente como producto de la crisis económica), pero sin calcular que había la posibilidad de que Cuauhtémoc Cárdenas pudiera estar cerca de ganar o que incluso pudiera ganar.

3) En las elecciones presidenciales de 1994, el voto prospectivo por la oposición es por primera vez relevante. Ello se deriva de dos hechos: por un lado, el electorado con seguridad aprendió con la experiencia de 1988 que el PRI no es invulnerable, sino que la oposición tiene posibilidades de ganar y, por el otro, el debate presidencial del 12 de mayo y las encuestas que le siguieron revelaron que el candidato del PAN tenía posibilidades de ganar. En la medida en que las encuestas revelaron la mayor importancia, primero de la agenda económica y, segundo, de seguridad pública, el voto prospectivo beneficia al candidato que obtenga mayor visibilidad en los medios y ofrezca las mejores alternativas —a juicio del electorado— para recuperar el crecimiento y resolver los problemas de inseguridad pública.

4) Sin embargo, en la medida en que la información prospectiva se contrasta con la retrospectiva a fin de evaluar la credibilidad de las promesas de campaña, los candidatos de oposición se encuentran en

desventaja; aun cuando el elector se llegara a identificar con las propuestas de alguno de los candidatos a la presidencia de los partidos de oposición, la falta de información respecto al historial de su desempeño político en el gobierno hace más difícil calcular los beneficios esperados de dichas propuestas, aumentando la incertidumbre para el elector. Así, posiblemente un número importante de electores le otorgue su voto al candidato presidencial del PRI por temor al riesgo. Dicho temor al riesgo se refleja en argumentos como "sólo el PRI tiene capacidad de gobernar a la nación como un todo" o "si ganara la oposición el país sería ingobernable". No es sorprendente, en consecuencia, que factores como el temor a la violencia poselectoral o al miedo a la inseguridad pública fortalezcan al PRI en las elecciones.⁵⁹

5) El "voto dividido", PRI para la presidencia y algún partido de oposición para la legislatura federal, podría ser producto del temor al riesgo. En otras palabras, se otorga el voto a la opción que se percibe como "menos incierta" en la presidencia, el PRI, ya que sólo este partido cuenta con un historial de desempeño presidencial que proporciona información retrospectiva, y se vota por un partido de oposición con el que el elector se identifica prospectivamente para la legislatura.

6) Dada la importancia de la información en el cálculo del voto, resulta evidente la necesidad de la equidad en la exposición de los candidatos en los medios masivos de comunicación —lo cual ha sido siempre, y con justicia, reclamado por la oposición. De no existir visibilidad de las alternativas, los votantes no podrán realizar evaluaciones prospectivas y comparativas, con lo que el candidato del PRI goza de una importante ventaja. Por esta razón, es de esperarse que exista un mayor voto por el PRI en el campo, dado que este partido cuenta con la maquinaria para hacer más visible a su candidato en un mayor número de distritos. En las encuestas, consistentemente la población urbana tuvo más conocimiento de las distintas ofertas políticas que la población rural.⁶⁰

⁵⁹ De hecho, dicho temor es bastante generalizado; el periódico *Reforma* informó que en encuestas desagregadas por ciudad, la mayoría consideró que era "muy probable" que se presentaran hechos violentos después del 21 de agosto. Por ejemplo, en León, 67%; en Ciudad Juárez, 63.3%; en Monterrey, 61.8%, y en la ciudad de México, 57.1% consideraron que la violencia era muy probable. *Reforma*, año 1, núm. 196, 16 de junio de 1994.

⁶⁰ En las encuestas publicadas en *Voz y Voto*, núm. 16, junio de 1994, se puede observar que efectivamente en el campo se tenía menos conocimiento de los candidatos en general. No obstante, la diferencia es menor para Zedillo y para Cárdenas: 96% de la población urbana y 91% de la rural habían "oído nombrar antes" tanto a Zedillo como a Cárdenas; mientras que a Fernández de Cevallos, 85% la urbana y 73% la rural. "Rebase por la derecha", p. 22.

7) Entre más polarizada esté la oposición, se disminuirá la incidencia del voto estratégico en las elecciones, fortaleciéndose con ello el PRI. La polarización de la oposición implicaría que el PRI se convertiría en el ganador de Condorcet, volviéndose invulnerable al voto estratégico y haciendo que la dimensión izquierda-derecha sea la más relevante en la contienda electoral.

La evaluación empírica de estas hipótesis requeriría de cierto tipo de encuestas. Para evaluar el peso de las evaluaciones retrospectivas y prospectivas en el voto necesitaríamos encuestas del posicionamiento político de los candidatos respecto a distintos temas de políticas públicas a juicio del electorado y de sus propias preferencias ideales en este respecto. Asimismo, sería importante evaluar el peso relativo del temor al riesgo en el voto por el candidato presidencial del PRI.⁶¹ También necesitaríamos encuestas de medición de "identificación partidista", con el fin de explicar qué tanto los votantes están dispuestos a cambiar su decisión de partido en función de las evaluaciones retrospectivas y prospectivas. Por último, se necesitan encuestas que revelen el ordenamiento completo de las preferencias de los votantes para evaluar las posibilidades del voto estratégico y la relevancia empírica de los problemas planteados por el teorema de Arrow. Al obtener el ordenamiento completo de las preferencias individuales, se podrían realizar distintos tipos de análisis estadísticos para determinar si en efecto existe más de una dimensión de competencia de partidos. Esto permitiría no sólo entender el comportamiento electoral, sino inclusive modelar la competencia de partidos con herramientas de teoría de juegos aplicadas a situaciones de competencia espacial.

Julio, 1994

⁶¹ El temor al riesgo podría medirse con preguntas como: "Vota por el candidato presidencial del PRI por: a) me identifico con sus propuestas de campaña; b) apruebo el desempeño de dicho partido en la presidencia; c) en realidad voto por dicho candidato porque sólo su partido podría gobernar el país".